

pleja teoría de las percepciones y para adentrarse en sí mismo y convertir su yo en eje conductor de los poemas.

El paisaje y las ciudades, más que en sus peculiaridades geográficas o monumentales, que muchas veces apenas están esbozadas, se convierten en símbolos (por afinidades o contrastes) de su geografía interior y, por extensión, de la de todos nosotros, o proyección de un estado de alma (esos fragores de las ramas caídas de la palmera, «que son no sé si pasos fugitivos/ o los gemidos del amor exangüe»). A las anécdotas sobre asuntos cotidianos y a sus tan habituales voces de alarma ante los signos de destrucción que observa a su alrededor («las raíces del sauce que cortaron sin razón/ hormiguan en mi arcilla y en mi humus»), suceden las reflexiones sobre su condición de viajero («viajar es siempre huir,/ errar por delante de la sombra que avanza», precisa en «Regreso al Castelar»), su desasosiego, malestar e insatisfacciones («en la noche estoy yo, sin duda,/ a la luz de la lámpara/ siendo uno de tantos que piensan ser las mismas cosas/ que no pueden serlas tantos»), que no logran aplacar los frecuentes momentos de plenitud vital, su búsqueda, lo mismo que la llama y el metal del poema «Grylla», de lo inasible y absoluto, su nostalgia de «lo otro».

El viaje (en «Expreso» y en otros poemas de la sección «Derivas» el tren recobra el prestigio literario que otros medios de comunicación no han podido arrebatarse) y la grandeza de lo que va surgiendo ante él —en especial, la de los paisajes americanos—, acentúan la conciencia del carácter transitorio, efímero, frágil y temporal de la vida humana («de este deshielo del ser consciente/ quedan las fachadas de los días que nunca vuelven/ y el sol que siempre queda y la lluvia/ que se levanta en la copa»), del cariz irrepensible del momento presente (en «Derivas» queda patente que, lejos de la posible fusión, sensual, panteísta y armónica, con el cosmos, sólo podemos participar pobremente de sus cualidades y de su grandeza) y de su soledad radical («¡Ah! Si estas piedras y cemento,/ todavía en buen estado,/ pudieran protegerme de mí mismo») e insignificancia («conociendo mi propia cantidad me deslicé,/ tan sólo era un único elemento inútil al faro de la noche»). Un poema, «Manzana» («Se posa una manzana sobre un plinto/ de mármol del jardín, cuando anochece./ Hermosa de color. Madura en el semblante./ Cóncava a cualquier luz, etérea./ Quien

la muerde no encuentra/ sino la ceniza de ciudades incendiadas») puede considerarse como el símbolo más vivo de cómo la plenitud del presente, en el que se funden el pasado y el futuro, está condenada a disolverse en la nada.

Su desorientación se acentúa ante la conciencia, expresada a veces con los símbolos de la arena, la espuma y la noche, de la ambigüedad del mundo y de las dificultades de penetrar en él y explicarlo (véanse «Atrio» y «Ciudad inferior»). Este carácter cambiante y diverso de la realidad explica que el café Neón, con sus luces y espejos, se le presente de pronto como un ejemplar microcosmos y como un resumen de su propia andadura vital: «El Universo eres tú:/ aire, viento, vaso transparente/ todavía rebosando de gaviotas voraces».

En «Pequeña estancia», texto que cierra la sección «Gobierno de un jardín», nos revela con la misma resignación melancólica y serena que Juan Ramón Jiménez en «El viaje definitivo», su destino de verse desposeído de todo aquello que dio sentido y animó su vida, y que continuará siendo un testigo mudo de su paso por aquí.

Sólo la memoria y el recuerdo —a veces convertidos en despojos y carga bruta— y su tierra natal, a la que, de forma directa o por sus semejanzas con los lugares por los que pasa (léase, ante todo, el espléndido poema «Siracusa»), vuelve de forma recurrente, parecen constituir un ancla, un amarradero, no por fugaces y engañosos menos reconfortantes, un reencuentro con el perdido equilibrio y una promesa de paz y sosiego.

El último libro de Molina, *O fin de Finisterra (El fin de Finisterre)*, apareció, por vez primera, acompañado de unas excelentes fotos de Xurxo Lobato, en la revista *Olvidos de Granada*. En las dos ediciones posteriores (1988) se añadieron algunos poemas —«La Coruña», «Torre de Hércules», «Dominicos», «Campo de Marte», «Camariñas», «Calendario» y «Pindo»— y, en la última de ellas, el subtítulo de *Un viaje literario por la Costa de la Muerte*.

El proceso de condensación y depuración expresivas, emprendido desde mucho antes, se intensifica ahora. Los poemas, que se ofrecen en versión bilingüe (en gallego y en castellano), se hacen más cortos y concisos (cinco de ellos constan de un solo verso), se despojan de muchos lujos metafóricos y se construyen, por lo general, mediante la yuxtaposición de impresiones. También son más notorios aquí el viaje hacia sí mismo y hacia los orígenes míticos de su cultura, y la relación afectiva y

sensual con el entorno (en el poema «Dominicos» hasta parece servirse de un tú autorreflexivo), porque, como él mismo reconoce, «el lugar hacia el que se va de camino/ existe sólo en ti», y «la luz intermitente del faro va hacia el infinito y luego retorna, igual que nuestros pensamientos, al punto de partida».

Después del recorrido por diversos escenarios, españoles y extranjeros, efectuado en *Derivas*, el poeta, permanente hijo pródigo, regresa a su tierra natal y emprende (a veces con una mirada irónica y humorística, aunque no por ello menos seria, o, como puede verse en «Epigrama», con afanes levemente desmitificadores) el peregrinaje por unos lugares, poblados de mitos y leyendas («el mejor diamante procede de la roca antigua»), que constituyeron, durante siglos, el confín del mundo conocido.

Sin embargo, como en el libro anterior, lo descriptivo deja paso, continuamente, a las sensaciones, a las visiones subjetivas, cambiantes y fragmentadas, a los intentos de captar el espíritu, los valores simbólicos o la cara más inquietante de la realidad («por tus aguas/ a veces baja un pensativo ahogado/ que de la cumbre se lanza a lo más alto»), de hacer confluir el viaje externo con el personal e interior, y de recuperar y recrear unos paisajes interiores, grabados indeleblemente en el recuerdo, y en los que siempre se ha reconocido.

Los lazos con que se anudan el pasado y el presente constituyen para el poeta una forma de paliar el vacío interior y el desarraigo, de reafirmar su propia identidad y una particular manera de enfrentarse al mundo, de reavivar el viejo deseo de una comunicación más intensa con la naturaleza, y de alcanzar —aquí mediante el sueño— la cohesión, la eternidad de la piedra, con el fin de conjurar o, al menos, de aplazar, el «temor no desterrado a lo desconocido» («Finisterre» se convierte en el símbolo de un falso y ambiguo desenlace de nuestras vidas: «El final en Finisterre buscas,/ pero nada del final en Finisterre encuentras») y la amenaza de la «sombra» y de la nada, y de alcanzar la conformidad consigo mismo.

No debe extrañar, por tanto, su protesta ante la desaparición que observa, en La Coruña, de todos aquellos signos que conformaron su mundo infantil («Diez o doce, o apenas menos golpes de hacha/ van aniquilando los lugares de mi memoria./ ¿Dónde estoy?/ Y ahora despierto y sólo siento el manto de niebla,/ y la luz que no llega/

para iluminar mi espíritu perdido por sus calles»), o que, en «Laxe», ante los violentos signos de destrucción que se le ofrecen, exclame: «¡Qué siglo éste incapaz de alimentar a los antepasados con el silencio!».

Señalemos también, como novedad, la aparición, no por velada menos intensa, de una veta erótica («Nuestras ropas por el suelo de esta habitación:/ islas/ náufagas/ en el agitado mar de ardora»), poco habitual en los libros precedentes.

En las muestras que se ofrecen al final, correspondientes a su próxima obra, *Para no ir a parte alguna*, Molina prosigue su indagación existencial a través de una agitada andadura por múltiples escenarios: desde los urbanos y los que se ofrecen desde los aviones y las autopistas (con «hoteles abandonados/ con sus televisores encendidos a cualquier hora./ las sirenas de las ambulancias./ y los suicidas que han logrado llegar a alguna parte/ bronceados a la luz de la luna») hasta aquellos que sólo pueden salir «de los sótanos/ de los patios traseros de nuestra memoria»).

Su pesimismo, desaliento y sentimiento elegíaco se hacen ahora más intensos («Iremos a.../ siempre hay que ir a algún sitio/ aunque ya no estemos más que bajo una montaña de mármol»). La soledad, la desorientación, la incertidumbre, la tendencia a la inactividad, el afán de aferrarse a las cosas próximas y de proyectarse en los paisajes son la consecuencia de los amenazadores signos de aniquilación y de muerte que observa a su alrededor («Al final se hace el silencio./ La sábana se alza como tapete de ilusionista./ Y ya debajo del doble fondo/ sólo nada»). Pero habrá que esperar a su publicación, para volver sobre este libro.

En «Regreso al Castelar», de *Derivas*, Molina considera que «el poema es un sucedáneo de la mujer a la que uno amó en esta misma habitación de otros hoteles. Un sucedáneo del paisaje, de las ruinas, de los amigos que ya partieron, de esos rostros y alturas tan remotas». Sin embargo, pocos «sucedáneos» han conseguido apresar y dar carácter de eternidad, con los aciertos y las excelencias de estas *Ruinas del mundo*, a lo fugitivo y perecedero. «Todo pasa sobre un lugar que se desvanece». En este caso, al menos, quedará la palabra poética.

**Arturo Ramoneda**



**FEBRERO 1991**

*Anna Estany:* Leyes de la naturaleza y determinismo.

*Gonzalo Nieto Feliner:* El Cladismo o la larga búsqueda del reconocimiento de la Sistemática como Ciencia.

*Marga Vicedo:* El atomismo y reduccionismo metodológico de la sociobiología.

*Eduardo de Bustos Guadaño:* Las metáforas científicas y el realismo semántico.

*José Luis Falguera:* Caracterización de la «observación» y el «lenguaje observacional» en las ciencias fácticas.

*ciencia*



**DIRECTOR**

*Miguel Angel Quintanilla*



**MARZO 1991**

*Manuel García Velarde, Ricardo Chacón García y Francisco Cuadros Blázquez:* Caos determinista: el nuevo paradigma.

*María Manzano:* La Bella y la Bestia.

*José A. de Azcárraga:* Los medios de comunicación frente a las seudociencias.

*Antonio Anson:* Pablo Gargallo: significación del espacio como lenguaje en la estética contemporánea.

*Miguel Candel:* Venturas y desventuras de la razón erótica.

*Jesús Padilla-Gálvez:* El origen de la controversia acerca de la noción de regla.

*pensamiento*



**REDACCION**

*Vitruvio, 8 - 28006 MADRID  
Telef. (91) 261 66 51*



**ABRIL 1991**

*José Sanmartín:* Introducción: Gen-Etica.

**Parte I: Diagnóstico Génico y Sociedad**

*Dorothy Nelkin:* Sondeo génico en la empresa.

*Council for Responsible Genetics:* Sobre la discriminación genética.

*José Sanmartín:* Evaluación social de riesgos e impactos del diagnóstico génico.

**Parte II: Terapia Génica y Sociedad**

*H. Tristram Engelhard, Jr.:* La naturaleza humana tecnológicamente reconsiderada.

*Gilbert Hottois:* La ingeniería genética: Tecnociencias y símbolos. Responsabilidades y convicciones.

*José L. Luján:* Ingeniería genética humana, ideología y eugenesia.

**Parte III: Proyecto Genoma Humano**

*Marga Vicedo:* Hablando sobre el Proyecto del Genoma Humano. Entrevista con D. Santiago Grisolia.

*Andrés Moya:* Dos aproximaciones al Proyecto Genoma.

*Marga Vicedo:* Proyecto del Genoma Humano: Medicina predictiva y ética preventiva.

*y cultura*



**SUSCRIPCIONES**

*Servicio de Publicaciones del  
CSIC*

*Vitruvio, 8 - 28006 MADRID  
Telef. (91) 261 28 33*